

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*¡Cádiz!* poesia, por don Juan Manuel Marin.—*El fin de la comedia*, (conclusion), por don Jacinto Garcia Perez.—*Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.

Revista de la semana, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego diez y seis del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXXII.

MÉLIDA Á CLARA.

C... julio de 18...

Soy madre, hermana mia! es á tí, á la primera persona á quien participo esta nueva tan feliz! yo nada sabia hasta hoy, en que vino madre Catalina, estando yo recostada en el sofá de mi cuarto.

—¡Qué! estás mala? preguntó al verme.

—No está buena, respondió Bautista que me miraba con tristeza: sin quejarse de nada, adelgaza y ha perdido el apetito.

Su madre se aproximó á mí: me interrogó acerca de lo que sentia, y luego exclamó abrazándome:

—Bendice á Dios, hija mia! bendícele Juan! dentro de poco, tendreis un hijo!

Yo la miré asombrada.

—Sí, prosiguió ella: hace ya cinco meses que tengo sospechas de que estás en cinta, Mérida, porque te estoy observando: pero tu delgadez, y al mismo tiempo la circunstancia de haber crecido, y no poco, desde tu matrimonio, me

hacian dudar; hoy ya tengo la certeza: dentro de dos meses, tendrás un hijo!

Ya puedes suponer, hermana mia, lo que me habrá alegrado esta noticia: y lo mismo que á mí, ha alegrado á todos: Bautista no sabe qué hacerse conmigo; se le figura que el aire me hace daño: á la verdad, mi estado, desde hace cinco ó seis dias, es deplorable: una languidez inesplicable enerva mis fuerzas y agota todo mi valor.

Clara, me moriré antes de dar á luz á mi hijo? no lo permita Dios! pueda él vivir por mas que yo fallezca despues!

Disimulo cuanto puedo mi mal estar, y durante el rato que está Bautista en casa, saco fuerzas de flaqueza para no alarmarle: ademas, temo mucho que, al verme tan débil y abatida, sus padres y él mismo se empeñen en llevarme á Urrea, y él pierda sus estudios: una cosa desearia y es que vinieras á mi lado durante algun tiempo: una vez que Camilo está fuera, ven tú y sacríficame el placer de tu excursion de verano: la estacion se halla ya tan avanzada, que no creo que sea para tí una gran violencia el no ir á las orillas del mar.

—¡Qué alegría tendria en verte, y en ver tambien á nuestra madre! desde que sufro, anhelo mas por ver á todos los que amo! siento este enervamiento, que me priva de entregarme á mi natural actividad, y sin embargo, soy feliz pensando en la venida de mi hijo, y mis horas

de quietud forzosa se pasan reflexionando en su porvenir. ¿Cómo habré yo tenido tan cerca la dicha de ser madre sin haberlo sospechado siquiera? esto es lo que me admira: pero mi estremada juventud é inesperienza me esplican esta ignorancia.

A no ser por el abatimiento que me ha aco- metido, cuando me sentia mas tranquila y mas feliz, no tendria nada que pedir al cielo. Bautista crece cada dia en talento y su educacion se ha hecho tan perfecta, que espero la admires tu, que eres la distincion misma, en el próximo invierno en tu salon: estudia asiduamente, y creo que en el poco tiempo que ha estudiado este año, ganará el curso: el año que viene, dice él que ganará dos: de esta suerte acabará tan pronto su carrera que antes de dos años tendrá su bufete abierto en esta pequeña y tranquila ciudad.

—Hé aquí, me decia el otro dia abrazándome, hé aquí la ventaja de casarse muy jóvenes, Mé- lida; cuando lleguemos á la edad en que otros se unen con los lazos del matrimonio, ya tendremos una posicion envidiable: cuando nuestro hijo empiece á hablar, ya podrá pronunciar el nombre de su padre que será tal vez conocido: no vale mas que haya yo labrado el edificio de nuestra dicha estando á tu lado que estando solo? ¿pero qué digo? á no haberme casado contigo, yo no hubiera pensado nunca en salir de mi aldea; hubiera sido un oscuro labrador, y hubiera muerto consumido por esas dolorosas aspiraciones, por esos delirios ocultos, á que se dá el nombre de sueños de ambicion, y que nadie compadece.

Bautista tiene razon, creo que ha sido un bien para los dos el habernos hallado en el mundo y el haber unido nuestros destinos: nos amamos tiernamente: y en cuanto á nuestra casita, es un verdadero nido, bañado por el sol de la felicidad.

Nuestra modesta existencia es igual, pero no monotona, ó triste: trabajamos, yo en mi cuartito, al lado de mi ventana llena de mace- tas de flores y entoldada por dos enredaderas: Bautista en su aposento inclinado sobre sus li- bros de estudio: algunas veces tomo mi labor y me voy con él: él deja su ocupacion por al- gunos instantes y se viene á mi lado: hablamos un rato y luego se vuelve á sus libros, mas ani- mado y mas contento.

Por la tarde, Honoria y nosotros dos vamos á dar un paseo por el campo, y á la vuelta,

buscamos alguna casa muy pobre, de la que ya tenemos informes, y entramos para dejar algu- na limosna.

Las veladas las pasamos en nuestro salonci- to abierto, fresco y alumbrado por dos lámpa- ras colocadas sobre dos mesas, que despiden una luz tibia y suave, y van á quebrar sus dé- biles rayos, en un hermoso ramo de flores fres- cas, que ocupa el centro de un velador.

Algunas personas de modesta posicion, que no han podido abandonar la ciudad por la campiña ó los baños, vienen á hacernos com- pañía, entre ellas hay una jóven de mucho mérito, de la que te hablaré otro dia.

Si á todo esto agrego las esperanzas de mi maternidad, yo podia llamarme muy dichosa: sin embargo, esta estraña dolencia, este males- tar perenne me alarman y me entristecen.

Honoria habla ya de volver á Madrid, á pe- sar de su deseo de permanecer á mi lado; y yo comprendo que hace falta al frente de sus ni- ñas: apenas espero poderla detener algunos dias: ven tú, Clara, y que te acompañe nuestra madre: creo que entonces me aliviaré, y que ya no tendré que pedir al cielo nada para mi dicha.

MÉLIDA.

Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

CÁDIZ!

I.

Noble Cádiz! aun está,
En tu murado recinto,
Vibrando claro, distinto,
Himno que inmortal será. (1)

En lira de inspiracion
Nació sobre cuerdas de oro;
Fué de un vate adios canoro
De bella salutacion.

Ese que cantó tus olas,
Y tu hechizo sobrehumano,
Es un amigo; es mi hermano
En las letras españolas!

(1) El canto á que se alude es la magnífica poesia titulada «Saludo á Cádiz» original de mi querido amigo el poeta sevillano D. Narciso Campillo, la cual se publicó en el num. 29 del ANGEL DEL HOGAR.
(N. del A.)

Aguila de altivo vuelo,
Un nido digno á buscar
Vino, entre el inmenso mar,
Y la inmensidad del cielo!

Al pasar tu beldad vió,
Del orbe y el tiempo pasmo,
Y el fuego del entusiasmo
Por su frente serpeó;

Y con trovas cadenciosas
Te ciñó leve y divina
Sobre tus sienes de ondina
Una corona de rosas.

Pronto á verle tornarás:
Vuelve; pero yo me alejo:
Yo, hermosa Cádiz, te dejo,
Y quizá no vuelva mas!

Por eso, pobre cantor,
Quiero, á mi vez, saludarte,
Y por honrarme, dejarte
Un latido de mi amor.

Aunque su nimen me falta,
No teme mi fantasía:
El Génio, sol de armonía,
Palmera y mirtos esmaltal

Bien puede en fresco plantel,
Junto á la rosa bendita,
Exhalar la margarita
Su perfume en el vergel.

Bien puede, en su conmoción,
Dar amorosa un gemido
Ave errante, dó se ha oído
La régia voz del león!

Bien puede, en la soledad,
Cantar una voz lejana,
Donde tronó soberana
La rugiente tempestad!

Bien puede, sí, que lo bello
De mil formas se reviste
Y donde quiera que existe
Ostenta de Dios el sello.

¡Que si el sol besa el cristal
De la mar, dó su luz flota,
Tambien se pinta en la gota,
Del rocío matinal!

II.

Eléyese, pues, mi acento,
Que, aunque sin nombre y oscuro,
Limpio de móvil impuro
Se inspira en el sentimiento.

Oh, Cádiz, escelsa cuna
De la patria libertad!
Tú probaste en otra edad
Que junto á España... ¡NINGUNA!

«NINGUNA NACION!» tal grito
Diste al pié de tus cañones,
A la faz de mil legiones,
Del mundo y del infinito.

«NO SUFRE YUGO EL HISPANO!...»
Y, con la mecha encendida,
Te vió la Europa vencida
Escupir á su tirano!

¡Cuán gigantesca es tu historia!
Sus páginas sin rivales
Envuelve con eternos
Torrentes de luz la gloria!

Yo, cuando muere la tarde,
Solitario en tu muralla
Siento que el pecho me estalla ..
La sangre en mis venas arde;

Pues con orgulloso anhelo,
Ante los tendidos mares,
Sombras evoco á millares
De los héroes de tu suelo!

En tí un Código-Verdad
Forjó el pueblo omnipotente;
Código grande y valiente
Que asombra á la humanidad!

Ese recuerdo, entre mil,
Te inmortaliza, y me espanta!...

¡Calle mi tosca garganta!
¡Fuera la pluma pueril!

Para cantar tu gloria soberana,
Ciudad augusta de la patria mia,
Se necesita ser como Quintana
Un coloso de génio y de armonía!

Me falta el estro y su potente brio;
Perdona si insensato lo olvidé;
Y aunque trémulo calla el lábio mio
No dudes, nó, que lo que vales sé!

Juan Manuel Marin.

Cádiz.—Agosto—1865.

EL FIN DE LA COMEDIA.

(Conclusion.)

La conversacion tomó otro rumbo y yo me salí del café.

En la calle me encontré con un amigo, que hablaba con otros de mi muerte.

—¡Pobre muchacho! exclamaba, y aquel pobre muchacho estaba dicho con cierta alegría porque aquel prógimo me debía doscientos reales y habiendo muerto yo estaba ya seguro de que nadie vendría á reclamárselos.

—Vamos, vamos alma mia, dije y me dirigí hácia mi casa.

Allí todo se estaba preparando para mi entierro.

Varios hombres, tendidos sobre la baldosa, fumaban su pipa vestidos de negro é insensibles ante el coche fúnebre.

Mis amigos hablaban en voz baja y miraban con ojos codiciosos mis cuadros, mis libros y mis armas.

Otros hablaban de mí.

—De cualquier modo, decia uno, poco se ha perdido, J. nunca hubiera hecho gran cosa.

—Sin embargo, tenia talento.

—Era una medianía.

—¿Quién se encarga del discurso?

—¿De qué discurso?

—Del que se ha de pronunciar en el cementerio.

—Es cierto; como miembro de la academia que era, será necesario que alguno de los que lo sois tambien diga cuatro palabras; es la costumbre y no se puede romper con ella.

Il faut de ses amis endurer quelque chose como decia Mascarell.

Puesto ya todo en órden para mi entierro, nos dirigimos á la iglesia donde habia mucha gente, unos movidos de curiosidad y otros porque encontrándose fatigados restauraban sus perdidas fuerzas bajo aquellas frescas bóvedas.

Los mas perezosos fumaban su cigarro en la calle hablando de negocios ó leyendo algun periódico.

Concluida la ceremonia, marchamos al cementerio, á cuyo sitio no llegaron acompañándome sino unas cincuenta personas.

Cuando ya estuve al lado de la fosa, un señor á quien yo no conocia se acercó á mí con un papel en la mano y empezó á decir en estos ó parecidos términos:

«Pobre amigo mío! (aquí un suspiro). Tú, nuestro mejor y mas antiguo compañero... (Una pausa). Hé aquí que dentro de pocos momento desaparecerás de entre nosotros cubierto por la inmunda tierra de la sepultura... (Un sollozo). (Con emocion). ¡Oh! no se dirá que te dejamo partir sin darte el último adios, sin tributar el último recuerdo á tu cara memoria. (Con énfasis). ¡Oh! vosotros todos que me escuchais, compañeros inseparables de su vida de continuado estudio y trabajo, sabeis demasiado, sin que yo necesite encomiáoslas, sus altas cualidades, su clara inteligencia, cuantas veces habeis admirado conmigo la rectitud de su carácter y la inflexibilidad de su juicio siempre recto y justo; pero ¡ay! todo ha desaparecido como un soplo del céfiro, como una flor desprendida de su tallo, mirad reducida tanta juventud á una materia fria y yerta que la tierra cubrirá dentro de poco y que mañana no será nada, no quedando de él otra cosa que el recuerdo el cual vivirá eterno en el corazon de los que en este valle de lágrimas fueron sus amigos... (Aquí una pausa: el orador se pasa la mano por la frente y continua). ¡Ah! tristes de nosotros que le hemos visto caer bajo la airada mano de la muerte cuando su alma, elevándose á las altas regiones del infinito, concentraba toda su atencion en aliviar la suerte de sus hermanos: hé aquí, pues, que eso que los filósofos llaman causa inmutable que rige los destinos, no se cuida ni del bueno ni del malo puesto que ha arrancado ese árbol próximo á dar ya tan ópimos frutos. (Pausa). Pero es en vano que yo me afane en ponderaros al que fué nuestro amigo: todos vosotros sabeis mejor que yo sus altas cualidades y el vacío que deja en torno nuestro...»

No concluí de oir tan quejumbrosa oracion y me alejé de allí.

Cuando todo hubo concluido, me metí entre los grupos que volvian hácia Madrid en uno de los que se sostenia esta conversacion:

—¿Qué te ha parecido el discurso?

—Sentimental, lloron, insoportable, sobre todo cuando ha querido filosofar sobre la causa inmutable.

—Ha estado muy inconveniente.

—¿Y quién es ese señor?

—Un aficionado á la oratoria fúnebre.

En los periódicos de la noche se leia lo siguiente:

Esta mañana han tenido lugar las exequias de J. que ha sido conducido á la última morada,



acompañado por una multitud de literatos y de artistas. M. X. ha pronunciado un sentido discurso que conmovió á todos los concurrentes; ponderando lo que las artes y la literatura pierden con la muerte de J. enumerando todos sus trabajos y escitando el dolor en todos los corazones.

Después de la brillante peroración que ha hecho derramar lágrimas á todos los concurrentes, todos han salido llenos de una viva emoción.»

En este momento desperté de mi fatal ensueño; pero sin poder borrar nunca de mi mente que lo que había soñado era la mas terrible de las realidades y que había de llegar un día en que yo seria el verdadero protagonista de pasado ensueño. Tal es la humanidad.

Tal es la vida.

Y tal es todo lo que pasa en este globo terráqueo que habitamos, farsa, mentira, corrupción, engaño.

Entre tanto, rueda la bola, y riarnos, puesto que de nosotros han de reir mañana.

Jacinto García Perez.

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuacion).

Solo la triste madre comprendió la verdad é indignóse contra el marido: á tan rudo golpe el ídolo cayó de su pedestal, apareciendo en cambio el hombre con sus buenas y malas cualidades, el hombre honrado y laborioso, pero egoísta por instinto, adusto por carácter y sin mas ley ni mas razón en el interior de su familia, que su propio capricho. Entonces concentró toda su ternura en sus hijos, y acriminándose su condescendencia se atrevió á exclamar en los desahogos de su pena:

—¡Si le hubieran querido como á Jaime, no se hubiera muerto mi niño!

El padre, sin embargo, despreció la queja y siguió en su método.

III.

Han pasado muchos meses: Jaime cuenta ya doce años é Inés uno menos; es un domingo por la mañana, y la niña, que ha salido á un recado

de su madre, acaba de entrar de pronto radiante de alegría porque trae un juguete.

—Quién te ha dado esto? preguntó Juana.

—Madrina, á quien hé encontrado en la calle, y que me lo ha comprado en la feria.

—Dámelo, exclamó Jaime.

—Para verlo y no mas, repuso Inés.

Jaime tomó el juguete, lo miró por todos lados, lo estrujó, lo volteó y le puso mil faltas.

—Vuélvemelo, exclamó la niña enojada.

—No quiero, repuso el hermano.

Inés intentó recobrarlo por sí misma: pero Jaime la rechazó tan bruscamente que no pudo menos de gritar.

—Calla por Dios, murmuró la madre, temiendo que Gifre que dormía se levantase irritado.

—Yo no quiero darlo.

—Es mio.

Así gritaban ya uno, ya otro aturdiendo á la madre. Esta les acalló dando dos cuartos á Jaime para que comprase un muñeco y devolviese á Inés el suyo.

El niño tomó el dinero y bajó á saltos las escaleras, volviendo media hora después con un juguete de barro.

—El mio es mejor, dijo á Inés al divisarla. Esta echó una ojeada sobre la compra y apartó de ella los ojos con un gesto de soberano desden.

—Es mejor que el tuyo, sí, sí, gritó Jaime cólerico. Inés sonrió por toda respuesta.

—Si vuelves á reirte, te lo hago añicos.

—Atrévete, replicó la hermana. Jaime no necesitó mas para lanzarse hácia la niña, arrebatándole el juguete, tirarlo contra el suelo y destruirlo con sus piés.

Inés prorumpió en gritos é injurias, cuando una pesada mano cayó sobre su hombro.

El obrero que despertara á los gritos, solo alcanzó de esta escena los insultos que Inés dirigía á su hermano.

—Eso es; me castigais á mí cuando es él quien lo merece! exclamó la niña, encarándose con su padre.

—Yo no le he pegado; dijo Jaime...

—No me ha pegado; pero...

—Silencio: ¿por qué has de hablarle de ese modo?

—Porque lo merece y mucho mas.

—Calla.

—Que calle, cuando acaba de romper mi juguete... cuando!...

—Silencio.

—Pero es que vos no sabeis lo que ha pasado.

—Te mando que calles.

—Así se vuelve mas malo.

—¡Malo yo! gritó Jaime.

—Sí, sí, que en vez de ir á la escuela, juegas á las chapas y el otro dia pegaste á uno, repuso Inés vivamente.

—No es verdad, no es verdad.

—Silencio, gritó con voz tonante el obrero.

—¡Que calle despues de esta injusticia! El padre levantó la mano, pronunciando una terrible amenaza.

—Pero señor, si esto clama al cielo, si... Inés no acabó. Gifre la asió por el brazo, dióle dos ó tres bofetadas y la arrojó contra el suelo. Desgraciadamente habia en aquel sitio una de las tachuelas que sostuvieron el armazon del juguete destruido por Jaime y que estando sobre el pavimento con la punta alta, se clavó en un lado de la frente de Inés. Al levantarse esta, su rostro lívido y ensangrentado habia cambiado completamente de espresion; sus labios no murmuraban una queja, pero en su corazon decia: ¡oh! yo seré grande y veremos entonces... La madre, pálida y trémula, miraba á la hija y luego al padre, comó pidiéndole permiso para socorrerla. Jaime se habia refugiado en el último rincon de la sala avergonzado y arrepentido, mientras la pequeña Margarita abrazaba llorando á su hermana, y el obrero, comprendiendo su insostenible situacion, cogia su gorra y se disponia á salir.

Mas al llegar á la puerta presentóse la madrina, á quien bastó una ojeada para adivinar cuanto habia sucedido. Sin embargo, disimuló la mala impresion que aquella sangre le producía, y dijo á su pariente:

—¿Le has pegado?

—Porque lo merecia.

—¿Hasta el extremo de herirla?

—Hasta matarla si lo merece; antes quedará entre mis manos un hijo mio, que consentir salga mal criado.

—Haces bien, Jaime, haces bien, que en cuanto á eso de criar hijos cada uno tiene su manera. Pero óyeme; yo vengo ahora á decirte que habiendo de ausentarme de Barcelona, preferiria en vez de la escuela que pago á mis ahijados, llevarme, si lo consientes, á Inés, á la cual vestiré, mantendré y dejaré cuando me muera alguna memoria.

—Bendita y con Dios vaya, que no sabeis la

alhaja que es; mas en cuanto á Jaime, es otra cosa: yo le pagaré el estudio, y diciendo estas palabras, se dirigió á la puerta.

—Padre, repuso el niño, temblando de inquietud bajo la severa mirada de la madrina, hartos sacrificios haceis; yo prefiero, si es posible, entrar desde mañana mismo en la fábrica, donde ganaré algo con que ayudar á mantener la familia.

En la alegría que iluminó el rostro de Gifre, podia leerse esta respuesta: ¡Qué buen hijo! ¡qué hermoso corazon! cuando yo le prefiero, ¡si sabré que lo merece! y salió de la casa cerrando tras sí la puerta.

—A la fábrica, sí, muy bien pensado, esclamó la parienta, que al desaparecer el iluso padre cogió por el brazo al muchacho, y cambiando de acento, añadió con severidad:

—Hipócrita, quieres trabajar en la fábrica porque te han arrojado de la escuela por haragan y camorrista; ¿á la fábrica tú? anda, anda, mala espina, y lo bueno que hagas que me lo claven en la frente.

Estos acontecimientos en que nos hemos detenido algo para dar una ligera idea de lo que sucedia diariamente en casa de Gifre, habian tenido lugar tres años antes que Margarita perdiese la moneda, destinada á comprar la cena de sus padres.

Para la pobre niña fué una felicidad aquel pequeño incidente, pues encontró en la habitacion del cuarto piso dos seres, pobres como ella, pero indulgentes y amorosos, que dolidos de su aislamiento y abandono, formaron su corazon, ilustraron su entendimiento y fortalecieron su espíritu para las amarguras de la vida.

La hermana del anciano era viuda y habia perdido una hija del nombre y edad de Margarita, por lo que se apegó á esta desde un principio, y se propuso enseñarle cuanto sabia; remunerándole ampliamente el trabajo que se tomaba, el cariño y la aplicacion de la niña.

El padre Andrés, así denominaremos al anciano, vivia con su hermana en el mas absoluto retiro, sin mas haber que la escasa pension del esclaustrado y lo poco que por otra parte se agenciaba. Este hombre que jamás hablaba del convento donde entró niño y en que pasó cuarenta años, enseñó á leer y escribir á la hija de Gifre, que lo aprendió con tanta facilidad como las labores propias de su sexo.

Margarita, como las piedras preciosas, necesitaba solo una mano que la puliese, para os-

tentar su valor y deslumbrar con su brillo. Aunque encargada de los quehaceres domésticos, deseando ser útil, apenas estuvo en disposición para ello, proporcionóse por conducto de su protectora, costura que hacía á ratos perdidos, y cuyo importe entregaba por completo para los gastos de la casa.

La madre, que envejecía muy de prisa y empezaba á enfermar de la vista, quejóse una vez á Gifre de lo injusto que era recibir toda la ganancia de Margarita, al mismo tiempo que se dejaba á Jaime para vestirse y otros gastos, la mayor parte de la suya.

—Los hombres son hombres, y las mujeres mujeres, y alguna diferencia ha de haber en la crianza de los unos y los otros, dijo el obrero. Su mujer hizo un gesto, Gifre que lo vió, apresuróse á añadir:

—Margarita no gana apenas; además se la viste.

—¡Pobre hija mía, que á veces no tiene ni aun zapatos! repuso la madre exhalando un suspiro.

Gifre no contestó, y el tiempo siguió su curso, trayendo sucesos que el obrero estaba muy lejos de prever.

(Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

REVISTA DE LA SEMANA.

Los Campos.—El Prado comprendido.—La *Mutta di Portici*.—Lista de la Zarzuela.—Teatro Real.

De un mes á esta parte no parece sino que soy uno de los obligados alabarderos de la empresa de los Campos Elíseos; tal es la asiduidad con que me ocupo de lo que en los Campos sucede.

Pero póngase el respetable público en mi caso, y dígame, si hoy por hoy, es posible hallar otro punto de reunión mas agradable que el á que me refiero. A lo de agradable contribuyen varias causas.

Primera. La temperatura que allí reina, mas fresca generalmente que la de Madrid. Los Campos son, pues, nuestro Biarritz, ó nuestro Cambó, ó nuestro San Juan de Luz.

Segunda. Las novedades que allí se nos ofrecen con un afán de complacernos muy laudable.

Tercera. La diversidad de espectáculos que puede uno encontrar en aquel sitio.

Cuarta. Que no hay otro.

Esta última es tan poderosa, que en lugar de encarecerla, la dejo á la consideración de las gentes que pasean en el Prado, cuando no van á ver la ópera en el teatro Rossini.

El Prado está satisfecho. Su venganza ha

llegado, como era de esperar. Convenciéronse los innovadores de que los jardinillos de Recoletos, de que aquel sitio no era conveniente mas que para los que tuvieran gran necesidad de sudar el quilo, y se pasaron con armas y bagajes al antiguo paseo. La moda ha debido convencerse, una vez mas, de que padece lamentables estravíos.

Dígame lo que se quiera, el Prado es el verdadero paseo de Madrid.

El Ayuntamiento podía contribuir á la perfección, digámoslo así, de dicho paseo, procurando aumentar las luces que allí hay. Hoy por hoy, siempre que uno llega al Prado no puede menos de recordar una frase de Selgas:

—Parece que cada farol nos está diciendo aquí debería haber una luz.

Solamente observando los ojos de algunas concurrentes al Prado puede acostumbrarse uno á no necesitar la luz de los faroles.

Sobran, pues, faroles, y sobran luces.

Estas, se encuentran á cada paso, en un rostro simpático, en una mirada penetrante. Aquellos se suelen pasear con levitas y sombreros de copa. Hablemos de la *Mutta di Portici*.

Puesta en escena con gran lujo y propiedad esmerada, la partitura de Auber hubiera proporcionado á la empresa grandes entradas, si se hubiera representado un poco antes; pero, como diferentes veces hemos dicho, el mes de agosto es en Madrid el menos mimado del año, supuesto que faltan de la corte un sin número de familias de las que siempre contribuyen á dar realce á los espectáculos; no es, pues, extraño que la segunda noche de la *Mutta*, la concurrencia al teatro de Rossini fuera escasa.

En cuanto á la ejecución, quisiéramos pasarla por alto. Un amigo mio decía la otra noche que la muda era quien cantaba mejor en la ópera. Esto no pasó de ser una frase de efecto, pero no muy exacta. En las obras en que canta Tamberlik hay que hacer siempre una escepcion en favor del gran artista.

La señorita Garulli estaba un poca distraída, sin duda.

Los coros muy bien.

En cuanto al decorado, ha merecido la aprobación mas completa del público, que es el verdadero juez en tales casos. El señor Plá ha añadido un nuevo laurel á su corona de artista.

La música de la *Mutta di Portici* era casi desconocida por el público madrileño. Así fué que la primera noche que la oyó no pareció completamente satisfecho. ¿Y por qué? Porque aquella música, como todas las que forman el conjunto de las grandes obras, no tiene á primera vista ese falso encanto que creemos hallar siempre en esas fruslerías musicales que han

conquistado á Verdi y otros autores una reputacion envidiable entre los estudiantes y las polluelas.

La partitura de Auber tiene piezas de verdadera inspiracion: es una obra inspirada en la idea de la libertad; con esto está dicho todo. En la barcarola del acto segundo, la plegaria á voces solas del tercero, la marcha triunfal del cuarto, bastarian por sí solas para hacer altamente apreciable el nombre de Auber, si no se tuviera ya de él una buena idea.

Despues de lo que acabo de decir, no me resta mas que una cosa. Vayan mis lectoras á ver la ópera y se convencerán de que no las he engañado con exagerados elogios.

Pronto, muy pronto, comenzarán sus tareas los artistas de los teatros de verso, y entonces podrán tener mas variacion estas *Revistas*.

Los periódicos han publicado la lista de la compañía que ha de actuar en el teatro de la Zarzuela. Figuran en ella nombres muy conocidos, entre los que recordamos los de la Rivas, la Lujan, la Uzal, la Fernandez, Arderius, Caltañazor, Carratali, Salas, Landa, y otros actores no menos aplaudidos que estos.

¿Y el teatro Real? preguntarán mis lectoras con impaciencia. ¿Qué tenemos en el teatro Real? Se ignora. Solo se sabe que el empresario tiene grandes compromisos que cumplir con el público.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

FIGURA PRIMERA. Traje de foulard blanco: el bordado de la falda está recortado á ondas, adornadas con un volantito tableado de cintas carmesí: del mismo modo está recortado el paño delantero por ambos lados, llevando ademas un boton de nácar cuadrado en el centro de cada onda; este paño está sesgado de la mitad para arriba, á fin de que quede casi liso en el tallo, simulando la forma *Princesa*.

Cuerpo fino, onleado y guarnecido como la falda: este, en vez de mangas, lleva solamente unas hombreras ondeadas.

Camiseta interior de muselina suiza, con plieguecitos cerrados en el pecho con botones de lienzo.

Cinturon de grós carmesí cerrado con hebilla de plata.

Gran chal, de encaje de Chantilly negro.

Sombrero-fanchon de tul blanco, adornado con ramas de geráneo púrpura: las bridas son

de tul y sobre estas van otras de cinta estrecha carmesí.

Sombrilla blanca guarnecida de una blonda estrecha.

Guantes de Suecia de color claro.

Este lindo traje es propio para señora jóven: una novia no podia elegir otro mas fresco y encantador para paseo en carruaje: sirve igualmente para visita, reemplazando el cuerpo figaro con uno alto, y manga estrecha del mismo foulard, y para recibir, tal como está, suprimiendo el chal y sombrero.

FIGURA SEGUNDA. Trajes de linós (lanilla de tegido muy claro) de dos faldas: la primera está adornada por un terciopelo ancho, que lleva en su parte inferior una puntilla: sobre esta va colocado otro mucho mas estrecho, adornado de la misma puntilla, pero en la parte superior.

La segunda falda es lisa, y está levantada en la costura de cada paño por patas cortadas de linós y guarnecidas de terciopelo y puntilla: para que esta falda no haga muy grandes los pabellones se ha de cortar, de larga, solo hasta el terciopelo ancho, y con un paño menos que la primera, pues nada hay mas vulgar y menos gracioso hoy que la aglomeracion inútil de tela.

Paletot *basquine* de linós, adornado con un terciopelo estrecho, que lleva una puntilla en cada borde: en las costuras de detras, y hasta la altura del tallo, suben tres patas formadas del mismo modo.

Los bolsillos están figurados con terciopelos.

Mangas casi justas, ornadas, en la sisa y borde, con terciopelos y puntillas.

Cinturon de terciopelo, cerrado por hebilla de plata.

Cuello y puños lisos.

Peinado *judío*, un poco alto, y sostenido por tres cintas de terciopelo, bordadas de estrellitas de plata.

Guantes de Suecia color barquillo.

Tampoco es este lindo traje propio para señorita: una señora estará encantadora con él, para paseo y estancia en el campo: siendo de notar que sirve lo mismo para una dama de edad avanzada, que para una que cuente pocos años, por su color oscuro y su severo y elegante adorno.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



61

Imp. Mariton.

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journalistes de Modes, réunis
Ayuntamiento de Madrid

On s'abonne au Bureau, rue S^{te} Anne, 64, à Paris.

1^{er} Août 1865.